**II CONGRESO INTERNACIONAL MASTER DE EDUCACION**

#### EDITORIAL MASTER LIBROS

## “Educando en tiempos de cambio”

MESA REDONDA 6: *¿ES POSIBLE EDUCAR EN UNA SOCIEDAD MEDIÁTICA?*

***Información, conocimiento, entretenimiento. Reflexión en torno a tres prácticas.***

Teresa Quiroz

### Resumen

Se trata de un estudio de los cambios derivados de las nuevas maneras de apropiación del mundo generadas a partir del acceso y el uso de tecnologías del conocimiento, y que inciden en las formas de entender, participar y “sentir” en el mundo. El tema de la tecnología, su impacto y sus aplicaciones es estudiada actualmente desde diferentes disciplinas y con objetivos muy diversos. Desde la comunicación el tema adquiere particular relevancia en la medida que se trata - superando la visión meramente instrumental de la tecnología – de enfocar su relación con las formas de pensar-sentir, más allá de la antinomia razón versus emoción.

Este planteamiento debe orientarnos a repensar la educación y el rol de educadores y educandos.

La importancia de los medios masivos de comunicación -llámense prensa escrita, cine, radio y especialmente televisión- en la formación de las opiniones, valores, expectativas sociales y en la socialización en general, es un hecho evidente. A estos medios se ha incorporado la tecnología digital que abre y potencia el campo de la información y el entretenimiento. Estamos frente a tecnologías del conocimiento que afectan la forma en que sentimos y pensamos, lo cual ha creado un nuevo ambiente comunicacional que modifica nuestra manera de percibir y vivir en el mundo.

Hoy más que nunca es indispensable pensar la educación más allá de las fronteras del aula de clase y de las paredes de la escuela. "El aula sin muros" de Marshall McLuhan es la gran metáfora que expresa que la explosión de la información y el conocimiento y la distribución del saber social han desbordado a las instituciones formales de educación. Pero además estamos en un momento en el cual no podemos pensar la educación por fuera de las necesidades y de la sensibilidad de los niños y jóvenes, de su cultura y sus proyectos, que están vinculados a espacios e intereses que las instituciones educativas no consideran adecuadamente. Hay que limar las asperezas entre el quehacer de los medios y de la escuela, incorporando el lenguaje audiovisual y cohesionando los aspectos instructivos con los educativos, los culturales con los racionales, la memoria con la creatividad.

En momentos de crisis, en un terreno donde la relatividad de los valores es notable y la confusión la nota dominante, hay que evitar la regresión propia del moralismo y del dogmatismo. Las interpretaciones sobre el papel y los efectos de los medios de comunicación han estado cargadas de profundos malentendidos, por concepciones instrumentales de los medios y por ideas ilustradas de la educación. Esto ha producido que en nuestro país se sigan manteniendo al margen, por fuera del sistema y de las prácticas educativas, las culturas que se gestan o se expresan por los medios de comunicación. El abismo entre la cultura desde la que piensan y hablan los maestros y aquella otra desde la que perciben y sienten los más jóvenes es mayor cada día, y las instituciones educativas siguen intentando tapar su crisis de comunicación con rituales de modernización tecnológica y reduciendo su conflicto con la cultura audiovisual e informática a un discurso de lamentaciones morales.

Todo lo señalado hasta el momento significa un cambio profundo y una apertura de la escuela. Hasta hace poco las escuelas se pensaban como un universo cerrado en sí mismo que había de propiciar la comunicación entre profesores y estudiantes, con saberes y lenguajes fijados ya de antemano. En adelante las escuelas tienen que establecer sistemas de comunicación con su entorno y procesar la información del contexto, así como proyectar sus mensajes hacia fuera.

Es muy importante evaluar los contenidos que vienen de la escuela y de los medios de comunicación. Hay muchos motivos para asociar la comunicación a la educación. Por una parte, porque las teorías educativas que se elaboran como respuesta a la crisis de la institución escolar y las nuevas estrategias ponen de relieve la necesidad del intercambio comunicativo entre el maestro y el alumno, entre la escuela y la realidad. Por otra, porque los medios de comunicación y su soporte tecnológico, al lado de las posibilidades de la informática, amplifican las posibilidades educativas. También porque el conocimiento de la realidad no proviene exclusivamente del texto escrito y porque los más jóvenes se educan en gran medida fuera de la escuela. Sus referentes de conocimiento, sus imágenes, sus valores y sus expectativas guardan relación cercana con la comunicación y sus mensajes.

Vincular la comunicación a la educación requiere incorporar el concepto de "competencias", que permita responder a las exigencias de desarrollar una alfabetización basada en los nuevos medios y en los nuevos lenguajes. Si bien la escritura y la lectura no sólo conservan sino que también acrecientan su importancia en la actualidad, crece la urgencia de reconocer el fenómeno de la comunicación y la expresión. Es necesario un proyecto pedagógico que cuestione radicalmente el carácter monolítico y transmisible del conocimiento, que revalorice las prácticas y las experiencias, que alumbre un saber mosaico hecho de objetos móviles y fronteras difusas, de intertextualidades y bricolaje. Y es en ese proyecto de saber donde comienza a abrirse camino la posibilidad de dejar de pensar antagónicamente escuela y medios audiovisuales.

Actualmente se debate ampliamente acerca de la llamada “Pedagogía de la imagen”, diferenciándola de lo que ha sido la "pedagogía por la imagen" que privilegió la imagen exclusivamente como apoyo a aquello que se quiere decir o comunicar. En la Pedagogía de la imagen se destaca la imagen y su soporte tecnológico como expresiones de “algo”: la imagen como sentido y por lo que comunica. En esa línea, para el usuario sujeto de la pedagogía se trata de tener acceso a la imagen como un ejercicio de sensibilización de su percepción, al mismo tiempo que se descubren las estructuras lógicas que gobiernan las representaciones de las cosas y las intencionalidades comunicativas de sus autores. Significa educar para que los escolares puedan interpretar el sentido de la imagen, desarrollen su sensibilidad ante ésta y descubran la intención comunicativa que encierra.

Desde esta postura es posible trabajar con distinto tipo de imágenes, sean las del cine, la televisión y el video. Incorporar en la escuela el estudio de la comunicación a través de la imagen puede permitir conocer su lenguaje y sus propias gramáticas pero, por otra parte, desarrollar la experiencia perceptiva propia del escolar. Se trata de “enseñar a mirar”, enfatizando no solamente aquello que se observa sino el papel del receptor y el “lugar” desde el que se ve. Es decir, hacer evidente las diferencias culturales, los puntos de vista previos, el contexto social que ubica “al que ve”. Las distintas miradas, según desde dónde se mire, con qué propósito y a partir de qué referentes, constituye un campo de trabajo importantísimo para develar el diferenciado panorama cultural en nuestra sociedad. Pero además le proporciona al educando un gran valor como “sujeto cultural”, diferente de otros, cuyo lugar y opinión es reconocido.

Trabajar en la escuela con la imagen implica utilizarla como expresión de un sentido de las cosas, dado por algunos a quienes hay que identificar y conocer. Es decir, la imagen comunica un sentido, proporciona un saber, incluso una opinión. Conocer quién lo dice y con qué intención constituye un ejercicio que permite identificar a aquellos que intervienen en el proceso de comunicación. Además, es posible caminar hacia un objetivo en el cual el educando tenga una intervención más activa. A través de la imagen se puede decir cosas, comunicar, interactuar, imitar o reproducir la realidad, incluso sustituir la palabra escrita. No solamente lo pueden hacer otros, sino que es posible incentivar en los escolares la producción de sus propias formas comunicativas. He allí lo que podemos llamar el otro lado del proceso educativo: la aventura de la experimentación, adueñarse del lenguaje, tentar la propia representación de la realidad, comunicarse utilizando otras formas.

Estudiar la imagen conduce a captar su contenido y su expresión. En el caso específico de la televisión, no se trata sólo de decodificar los mensajes y alcanzar a descifrar lo que quiso ser dicho y el lenguaje empleado, sino de entender lo que se comunica. Se trata de añadirle a ello el punto de partida personal, las “raíces” desde las que se habla. Este proceso les permite a los escolares conocerse mejor y entender la diversidad cultural del mundo, tan importante en un país como el nuestro. Esto significa tomar en consideración la experiencia personal del escolar, sus gustos y preferencias; más aún porque la relación con la imagen no es sólo una relación intelectual. Es más bien, y sobre todo, sensitiva, afectiva, de disfrute. Dar cuenta de ello es indispensable. Este planteamiento forma parte de la idea de "aprender a aprender", y que este aprendizaje se realizará a lo largo de toda la vida. No sólo se modifica así la relación del alumno con el profesor o la escuela, sino con el saber mismo. Se trata de una propuesta menos lineal y más intuitiva, que toma clara distancia de la concepción del saber monolítico y promueve una visión del conocimiento como construcción. Se puede decidir la secuencia de información, establecer el ritmo, la cantidad y la profundización de la información deseada.

Un uso creativamente pedagógico y crítico de los medios sólo es posible en una escuela que transforme su modelo transmisivo centrado en una secuencia lineal y unidireccional, y que recoja la posibilidad de una multiplicidad de recorridos. En ese sentido, el maestro pasa de ser un mero transmisor de saberes a convertirse en un formulador de problemas, provocador de preguntas, coordinador de equipos, sistematizador de experiencias.

La televisión se ha convertido en un fenómeno cultural de gran trascendencia, pero es la práctica para la que menos se prepara a los ciudadanos. Se habla mucho de la necesidad de dosificar el consumo televisivo, de que la televisión debe ser vista por los padres con los hijos, de facilitar una reflexión sobre la propia televisión en el hogar. Sin embargo, si tenemos presente las limitaciones actuales de las familias en cuanto a su formación y ocupaciones laborales, es fácil concluir que por ausencia de los padres se incrementa la responsabilidad de la escuela.

Lamentablemente, **el país no pasa por la escuela**. Si bien en investigaciones realizadas se demuestra el peso que tiene la televisión como fuente suministradora de imágenes de la realidad nacional y política, esta situación no es considerada en la escuela. El país escolar parece ser el de los datos geográficos e históricos, el de las fechas y los temas genéricos. En suma, el país de los libros. Pero el país que describen los presentadores de noticias cada día no logra entrar por las puertas de la escuela. Los acontecimientos que suceden no son comentados en la mayoría de las aulas, son sometidos al silencio. Sin embargo, los medios podrían fomentar la capacidad de explorar y conocer las realidades locales, regionales, nacionales y transnacionales. La televisión y su tratamiento en la escuela podría, además, conectar a los niños y jóvenes con su sociedad.

Pero también hay que puntualizar que la televisión no tiene eficacia educativa por sí sola. Puesto que uno de los propósitos de la educación es formar participantes en las decisiones colectivas, nos concierne la formación de los ciudadanos desde que son niños. En esa medida crear la conciencia en los escolares de que cada televidente puede poner en práctica su derecho a ser parte del sistema de comunicación y no sólo destinatario, es contribuir a la formación de una ciudadanía más activa en la vida pública.

El aula escolar puede ser una tribuna pública. Que los niños se involucren en el examen de determinados temas y con ello se teja el proceso de participación en problemas compartidos propiciará ir más allá de su experiencia personal inmediata y la vinculará a la de la comunidad imaginaria, ciudad o el país. Las escuelas pueden fomentar que los escolares se formen como participantes sociales, ser los lugares donde se confronten los discursos de los medios con lo que pasa en la sociedad, así como simultáneamente propiciar su acceso a periódicos y radios escolares y comunitarios, a experiencias de comunicación audiovisual, fotografía, medios informáticos, entre otros.

Hay que limar asperezas entre el quehacer de los medios y la escuela, a través de la incorporación del lenguaje audiovisual en la escuela. Se debe cohesionar los aspectos instructivos con los educativos, los culturales con los racionales, la memoria con la creatividad. Hay que construir una permeabilidad del sistema escolar hacia la cultura audiovisual y, en el futuro, una apertura de los medios hacia el trabajo informativo argumentativo y más científico. El libro y la pantalla tienen que influirse mutuamente.

Pensar la educación es una tarea de todas las instituciones sociales. Y si bien el liderazgo lo debe tener la escuela, las empresas y universidades requieren comprometerse también. La educación y la comunicación pueden ser materia de políticas educativas y sociales que comprometan al Estado, la empresa, los medios, los maestros y las Universidades en esta apuesta por la ciudadanía y la democracia desde la educación.